

UN POCO DE LEJÍA EN POLVO

Fredric Brown

Dirk acababa de llegar a la habitación del hotel con la excitación grabada en sus ojos. Abrazó con fuerzas a Ginny y la besó.

Al acabar el beso, ella se inclinó un poco hacia atrás para poder mirarlo.

- Dirk, ¿has...?

- Sí, amor mío. He encontrado exactamente lo que habíamos soñado. Incluso mejor de lo que deseábamos. La casa tira a pequeña, pero sin serlo. Cinco habitaciones. Sin embargo, tiene un jardín grande y carece de vecindario; posee toda la quietud y reserva que siempre habíamos deseado. Está situada en un extremo de la ciudad, casi pudiera decirse que en pleno campo.

- Parece maravilloso, pero... ¿podremos pagar todo eso, Dirk? ¿Cuánto piden?

- Tanto si quieres creerlo como si no, sólo piden siete mil. Y mil por adelantado. Ven a dar el visto bueno, para que podamos ocuparla antes de que el agente de fincas se dé cuenta de que le han estafado.

A Ginny le pareció por unos momentos como si ya todas sus preocupaciones no existiesen con sólo que ella aprobase la casa.

El coche de Dirk estaba siendo reparado en el garaje, por lo que tomaron el autobús. El agente de fincas, le explicó Dirk, tenía que reunirse allí con ellos.

Ginny permaneció durante todo el camino con los pulgares en alto en la esperanza de que con ello facilitarían que la casita fuera de su agrado. Un hotel, pensaba ella, es fantástico durante la luna de miel, pero resulta horroroso una vez acabada ésta y cuando uno tiene ya ganas de establecerse en un sitio fijo. Hacía ya una semana que habían llegado de su corto pero delicioso viaje. Corto, pues Dirk quería ahorrar el dinero suficiente para pagar el mes adelantado que les pedirían por comprar una casa propia. El viaje de novios había sido tan corto y maravilloso como el noviazgo que le había precedido. Parecía casi imposible que sólo hubiera pasado un mes desde que se habían conocido, y que hubieran ocurrido tantas cosas en tan sólo cuatro semanas.

Cuando se apearon del autobús tuvieron que caminar aún a lo largo de unas pocas manzanas, hasta que Dirk exclamó:

- ¡Ésa es, querida!

Era realmente una casa bonita, o por lo menos, así lo parecía desde el exterior. Un poco apartada de la vivienda más cercana y con la vista impedida por unos árboles. Pero eso no tenía demasiada importancia.

Alrededor del jardín se levantaba una valla con púas, y el césped se encontraba en perfecto estado. La casa tenía postigos verdes y muchas ventanas.

Un simpático agente de fincas les esperaba ya en el porche y los acompañó por todas las dependencias. Los ojos de Ginny brillaban mientras imaginaba los muebles precisos que colocarían en cada habitación.

El agente parecía ignorar a Dirk; concentraba todos sus esfuerzos sobre Ginny, como si ya tuviera a Dirk en el saco, y efectivamente su labor de vendedor resultaba perspicaz. Al fin llegaron a la cocina. Ésta era la baza escondida del agente, su triunfo.

Sobre las amplias ventanas aún había otras, de las que pivotan por su extremo más bajo. Tenía su rincón preparado para recibir el frigorífico, y armarios. Tantos armarios como pudieran desearse.

Ginny volvió a echar una mirada a su alrededor y suspiró profundamente. Parecía del todo punto imposible que un lugar como aquél se vendiera a un precio tan reducido.

Miró temerosa al agente, preguntándose si Dirk no habría oído mal.

- Y... ¿cuánto? - se decidió a preguntar al fin.

- Siete mil, señora. Y en condiciones excelentes, desde luego...

Hablan visitado otros lugares de diez mil; incluso de doce, y eran mucho peores.

Pero ahora el agente de fincas parecía molesto por alguna razón.

- Temo tener que decirles que... bueno... ya recordarán que sobre este lugar pesa una historia desgraciada. Éste es el motivo por el que la casa se vende a un precio tan razonable. El anterior dueño la alquilaba y... Es seguro que ya habrán oído hablar de ello - dijo al fin.

Ginny no parecía tener nada que preguntar por el momento, por lo que Dirk se decidió a decir:

- Me parece que no le hemos comprendido. ¿Qué es lo que ocurrió aquí?

- Los... Bueno, los diarios lo llamaron el «Crimen del Nidito de Amor», mister Rogers. Sin lugar a dudas tienen ustedes que haber leído sobre ello hace sólo unos pocos meses.

- Creo recordar los titulares - contestó Dirk -. No acostumbro a leer esta clase de noticias a no ser que... ¿Y dice usted que ocurrió precisamente aquí?

El agente asintió, reflejando la preocupación en su mirada.

- Nunca he logrado ver a mister Cartwright, al... asesino - dijo -, porque entonces yo trabajaba para otra agencia. Pero leí sobre ello. Y puedo asegurarle que la bañera que usted ve es otra completamente nueva.

- ¿La bañera? - repitió como un eco una Ginny algo asustada. Y de pronto añadió -: Ahora recuerdo haber leído algo. Después de estrangularla intentó meterla en la bañera, llenándola luego con lejía...

Dirk sintió un escalofrío.

- El Crimen del Nidito de Amor. Suena muy mal - dijo.

Se podía leer la obstinación en la mirada de Ginny.

- Dirk, ¡quedémonos con ella! - dijo.

Su esposo torció la boca en un gesto extraño y volvió a repetir:

- ¡El Crimen del Nidito de Amor! Querida, desearía que lo hubieran llamado de cualquier otra forma que no fuese ésta. Temo que no podamos olvidarlo nunca. Pero, si tú quieres, nos quedaremos con ella.

Y así lo hicieron. Se mudaron al cabo de cinco días y, en el caos subsiguiente de la compra de muebles - tantos como les fue posible - casi consiguieron olvidarse de aquello.

Pero, a pesar de que estaban a un bloque de distancia, existían vecinos. Y se trataba de verdaderos vecinos, por lo que Ginny tropezó con ellos.

- La señora Platt, la que vive en la casa de al lado, y que por cierto es viuda, me ha estado contando todo lo referente a esta casa - le explicó una noche a Dirk mientras cenaban.

Dirk se limitó a gruñir, y Ginny le miró con sospecha.

- ¿No te interesa?

Afirmó con un movimiento de cabeza.

- Mira - dijo -, vivimos en esta casa, pero cuanto menos pensemos en lo que en ella ocurrió, fuera lo que fuese...

- Bueno... - interrumpió Ginny. Y su rostro se volvió serio -. Creo que estás equivocado queriendo..., ignorarlo. Pensando en lo que ocurrió, «fuera lo que fuese», en vez de enfrentarte con ello y querer conocer todo el asunto. Es lo desconocido lo que vuelve loca a la gente. El querer pensar en todo ello como en el Crimen del Nidito de Amor en vez de...

- No uses más esa terrible frase - dijo Dirk soltando el tenedor y el cuchillo -. De acuerdo, continúa y cuéntamelo todo para ver si de esta forma consigues sacártelo de la cabeza.

- Pues bien - empezó Ginny -, aquella mujer poseía algún dinero. Por lo menos, eso es lo que todo el mundo creía. Acomodada, pero también algo excéntrica pues no creía en los bancos y todos dicen que escondía su dinero. Tenía treinta y seis años.

Dirk echó una especie de gruñido.

- ¿Y tú crees que los vecinos saben todo eso?

- ¿Y por qué no podían saberlo? Para solicitar una licencia de matrimonio es necesario que los diarios publiquen una serie de datos, entre otros la edad, ¿no es cierto? Pues ese Cartwright era joven y, a su manera, también guapo y...

- Y se casó con ella por el dinero - añadió Dirk, aburrido.

Ginny asintió.

- Y cuando se cansó de ella, o quizás porque no podía sacarle el dinero, la estranguló en...

- Ya conozco esta parte - dijo Dirk con rapidez.

- Pero sus huesos no se disolvieron - continuó Ginny -. Y ya casi habían terminado de desprenderse del... bueno, del resto de ella, cuando alguno de sus amigos sospechó algo y avisó a la policía.

- ¿Qué le hizo sospechar?

- No lo sé con exactitud - contestó Ginny -. Pero la cuestión es que él se asustó, escapándose a tiempo. Cuando llegó la policía encontraron... todo aquel revoltijo en el interior de la bañera.

- Muy bien - dijo Dirk -. Ahora ya lo sé. Por lo tanto, no quiero que se vuelva a hablar nunca más sobre ese asunto.

Recogió el cuchillo y el tenedor, pero volvió a dejarlos caer de nuevo.

- Ese Cartwright - dijo Ginny con voz misteriosa -, ¿aún no ha sido cogido por la policía?

- Lo cogerán - aseguró Dirk. Miró preocupado a Ginny -. ¿Te sientes realmente mejor, después de comentar todos estos detalles desagradables?

El labio inferior de Ginny temblaba ligeramente.

- Pensé que quizá me sentirla mejor; que si lo decía en voz alta conseguiría olvidarlo.

De pronto, sus ojos se humedecieron.

Él se levantó silenciosamente y rodeando la mesa se situó al lado de ella. Cariñosamente, levantó su barbilla y la besó.

- Y ahora deja de pensar en todo eso - dijo -. Tanto si es una ganga como si no, ahora mismo nos mudamos de aquí.

Ginny enjugó sus ojos con un diminuto y absurdo pañuelo.

- De acuerdo, Dirk - dijo -. Pero, con sinceridad, no me arrepiento de haber comprado esta casa. Sin embargo... me sentiré mejor cuando hayan atrapado a ese hombre, de una vez.

- Y no dejes que mistress Pratt te hable más de todo este asunto. Si alguien lo intenta le dices que tú no deseas oír hablar de ello.

Ginny asintió dócilmente. Naturalmente, Dirk tenía razón. Había tenido la razón todo el rato y ella había sido una tonta y una estúpida creyendo que el hablar de ello en voz alta la ayudaría a olvidarlo. Se sentía tan poca cosa que ni siquiera tuvo ánimos para corregirle cuando se equivocó al pronunciar el nombre de mistress Platt. Y eso ya era mucho para Ginny, pues era de la clase de personas a quienes les gusta corregir a los que se equivocan.

Eso ocurría el martes, durante la cena, y por culpa de ello se había estropeado aquella velada.

Por la noche volvió a ocurrir algo desagradable, sobre las doce. Ginny, que solía dormir profundamente, se despertó por casualidad. Se dio la vuelta, comprobando que estaba sola en la cama. Dirk se había ido.

Por un instante se asustó, pero luego recordó que Dirk acostumbraba a levantarse hacia esa hora para saquear la nevera. Dormía inquieto casi siempre y no acostumbraba a descansar más de una hora o dos de un tirón.

Aguzó el oído para conseguir escuchar algún sonido que le indicase que él se encontraba allí, el roce de alguna silla o el abrir y cerrar de la puerta del frigorífico. O...

Pero lo que ella oyó fue un golpeteo amortiguado. Continuó así durante un rato para luego cambiar de tono, como si Dirk... si es que se trataba realmente de Dirk... hubiese estado golpeando algo y luego lo hubiera vuelto a hacer sobre otro objeto.

Tap-tap-tap. Tap-tap-tap. No resulta un sonido familiar al oído. No era el que Dirk producía al golpear con la pipa sobre el cenicero, ya que ése era un sonido más continuado. Más rápido y agudo.

Ya completamente despierta y un poco asustada, sin saber a ciencia cierta de qué, Ginny sacó los pies de la cama y los deslizó dentro de sus zapatillas, que reposaban sobre la alfombrilla. Se echó sobre los hombros una bata y atravesó la puerta que conducía hacia el comedor.

Sí, la luz de la cocina estaba encendida. La puerta chirrió un poco mientras ella la abría y Dirk, de pie frente al armario empotrado que había sobre la fregadera, miró por encima del hombro y luego se volvió.

- ¿Te he despertado, amor mío? - dijo con una voz extraña.

- No. Simplemente, me he levantado. ¿Qué era ese extraño golpear que se oía?

Dirk sonrió un poco avergonzado.

- Había imaginado algo. Me pareció que el fondo de este armario no era tan hondo en un lado como en el otro, y eso me movió a curiosear. Pero estaba equivocado.

- Oh - dijo Ginny un poco extrañada -. ¿Y qué, si el fondo era más hondo en un lado que en el otro?

- ¿Te apetece comer algo ahora que ya estás levantada? - preguntó Dirk -. Me disponía a sacar del armario las galletas saladas, y por aquí tiene que haber algo de queso. Precisamente lo que le puede convenir a una ratita como tú.

Estaba hambrienta, bastante hambrienta. Ninguno de los dos había cenado demasiado, ahora lo recordaba, puesto que... Pero no, más valía no pensar en lo que habían estado discutiendo, se dijo a sí misma; de lo contrario estropearía su apetito también.

Dirk, con un afilado cuchillo en su mano, pero sonriente, se preparaba ya para cortar el queso...

No volvió a ver a la viuda hasta el día siguiente, ya entrada la tarde, mientras se encaminaba hacia la charcutería. La viuda estaba entonces trabajando en un macizo de flores justamente al lado de la verja.

- Buenas tardes, mistress Pratt - saludó Ginny.

- Pratt - corrigió la viuda, sonriente -. ¿Cómo está usted, querida?

- Muy bien, gracias - contestó Ginny -. Perdón que haya equivocado su nombre. Entonces, mi marido tenía razón. No sabía que se hubieran conocido ustedes.

- Y no nos conocemos - respondió mistress Pratt -. Creo que estas petunias quedarán muy bien aquí. Sólo he visto a su marido desde lejos, al salir de casa. Debe traerle alguna vez para que lo conozca.

- Así lo haré - dijo Ginny -. Pero me pregunto cómo es que él conocía su nombre, cuando yo se lo dije equivocadamente. Yo...

De pronto se dio cuenta de que parecía que estuviera dudando de su marido y de mistress Pratt, por lo que añadió rápidamente:

- Sí, las petunias quedarán muy bien en este rincón. ¿Qué ha plantado en este macizo, detrás del porche?

- Gladiolos. Pero volviendo a lo de su marido... Apostaría que el agente que les ha vendido la casa les habló de mí. También yo la alquilé por su mediación. Y probablemente él diría: «Mister Rogers, debe tener usted mucho cuidado con esa horrible viuda, mistress Pratt, que vive en la casa vecina».

Ginny rió de buena gana al pensar que alguien hubiera podido decir eso. Pero indudablemente esa era la única explicación. El agente había venido primero con Dirk y le había hablado a solas. Fácilmente pudo haber nombrado a la vecina más cercana, puesto que también la conocía.

Mistress Pratt se estaba quitando los guantes de algodón que llevaba puestos.

- Bueno, ya hay bastante de jardín por hoy - dijo -. ¿Le apetecería entrar a tomar una taza de té?

- Realmente no tengo tiempo... - dijo Ginny, apurada.

Pero entró.

No pensaba hablar de «ello». Es decir, eso es lo que ella creía, hasta que de pronto apareció el tema, tan importante como su propia vida, y escuchó con los oídos tan atentos como le fue posible.

- Querida - le preguntó mistress Pratt -. ¿Ha buscado usted en la casa desde que está en ella? La policía ya lo hizo, naturalmente, pero no encontraron nada. Sin embargo, yo me pregunto muchas veces...

- ¿Buscado? - deseó saber Ginny -. ¿Qué es lo que tengo que buscar?

- ¿Cómo? Pues el dinero, naturalmente. Todo el mundo asegura que se encuentra escondido allí, en alguna parte, pues nadie sabe si él se lo llevó o no. Ya sabe que tuvo que huir apresuradamente, después de... de darse cuenta de que la policía venía a por él.

- Pero él... - dijo Ginny nerviosa -, él no la habría matado a menos que tuviera la certeza de poder hacerse con el dinero, ¿no es verdad?

Mistress Pratt se encogió de hombros complaciente.

- No olvide usted, querida mía, que él intentaba deshacerse del cadáver. De haberlo conseguido, habría dispuesto de todo el tiempo que le hubiera hecho

falta para revolver toda la casa. Aseguraría que él sabía que el dinero se encontraba en la casa, pero que no pudo encontrarlo.

- ¿Y dice usted que la policía estuvo buscando también? - preguntó Ginny.

¿Cómo se habría enterado de eso Dirk y por qué no le había hablado de ello? Esa era la razón por la que la noche anterior había estado buscando en la cocina. Por eso ella le había visto merodear por todo el edificio, con aquella expresión curiosa e inquisitiva en su rostro. ¿Por qué no se lo habría contado Dirk?

- Oh, estuvieron revolviéndolo todo - dijo mistress Pratt, expresando con sus gestos que no tenía fe ni en la policía ni en sus métodos -. Pero creo que ellos imaginaban que él ya lo tenía.

- ¡Oh! - sólo supo decir Ginny, sintiéndose desfallecer ante la mera posibilidad de que en su casa hubiera escondido dinero, dinero en grandes cantidades. Aún parecía más peligroso, peor que..., que lo otro. Aquello ya había pasado.

Pero el dinero quizás aún estaba allí.

- ¿Pero si no consiguió hacerse con él no habría vuelto mientras la casa estaba desocupada? - preguntó.

Mistress Pratt volvió a encogerse de hombros.

- Podía haberlo hecho, desde luego. Pero jugándose la piel en ello. Ahora, él es un hombre reclamado por asesinato. Y mientras la casa estuvo desocupada, los policías no le quitaban el ojo de encima y los coches patrulla venían con frecuencia por aquí. Yo les aseguré que, si veía alguna vez una luz por allí, en seguida les telefonaría.

- ¿Y no ha habido ninguna señal que indicase que él ya ha vuelto?

- Ni una sola - contestó mistress Pratt -. Lo que yo creo es que ahora se encuentra a muchas millas de aquí y que no aparecerá hasta que su caso se haya olvidado. Sólo entonces, cuando crea que ya está a salvo... Oh, no debí hablar de eso, querida.

Ginny se dio cuenta de que sus labios estaban pegados. Haciendo un verdadero esfuerzo consiguió relajarlos y esbozar una sonrisa.

- Temo que usted lo haya dicho ya. Y no le mentiré si le digo que estoy un poco asustada. Pero no permitiré que eso me ponga nerviosa. Ahora es nuestra casa y pienso vivir en ella pase lo que pase.

- ¿Tiene algún revólver su esposo?

- Sí - contestó Ginny.

Dirk no lo tenía, pero para animarse, se dijo que le haría comprar uno al día siguiente; ésa era la razón por la que se había visto obligada a responder afirmativamente, ¿no era cierto? (¡Oh, Dirk, seguro que tú ya habías pensado en ello. Te habías dado cuenta de la posibilidad que existía de que el dinero estuviera escondido allí o, de lo contrario, no habrías estado buscándolo! ¿Por qué no me lo hablas dicho?)

- Y yo, en su lugar - continuó mistress Pratt -, tendría mucho, pero que mucho cuidado con los agentes de ventas, con los vendedores de electrodomésticos y gente de ésa. Supongo que ya estará enterada de que él había sido actor, ¿no?

- No, no lo sabía - dijo débilmente Ginny.

- Pues sí, lo era. Por lo que podría disfrazarse de forma que usted no tuviera ninguna probabilidad de reconocerle. Yo no dejaría entrar a nadie en la casa, a

menos que fuera bajo y gordo, quizás. Ni siquiera un actor puede disimular esto a base de maquillaje.

- Entonces, ¿él era alto y delgado? - preguntó Ginny.

- No demasiado alto - contestó mistress Pratt -, pero una o dos pulgadas más de lo normal sí que las tenía. Aproximadamente cinco pies y once pulgadas. Era esbelto, pero no puede decirse que fuera delgado. ¿Tienen ustedes teléfono, verdad?

- Desde luego - respondió Ginny, después de lo cual cambió de tema a propósito y, diez minutos más tarde, se marchó.

Después de todo, ya era demasiado tarde para ir ahora a la charcutería, y Dirk se conformaría con comer alguna cosa de las que tenían en casa. Dirk era bueno para esas cosas, pues raras veces se quejaba.

(Dirk, queridísimo Dirk, ¿intentabas acaso dejarme al margen al querer callar lo que buscabas? Ya casi lo sé. Casi sé lo peor, y cualquier día me habría enterado de ello.)

Dirk estaba sentado en la mecedora, leyendo, cuando ella entró. ¿Habría estado sentado allí todo el rato, o quizás habría estado buscando mientras ella estaba fuera, corriendo hacia la silla y el libro al oírla llegar?

- Hola, querida. ¿Qué hay para cenar? - preguntó él.

- Dirk, lo siento mucho. No he ido a la charcutería. Mistress Pratt me ha invitado a una taza de té y hablamos tanto que cuando miré el reloj ya...

- Malo - rezongó Dirk -. Judías de lata, supongo.

- No, puedo preparar una ensalada, aunque sin apio, y, como nos ha quedado un poco de jamón, unos bocadillos.

- Muy bonito - dijo Dirk -. Un pedazo de pan, un poco de jamón y usted, señora mía, sentada a mi lado sin tomar nada.

- Dirk, ¿no crees que sería una buena idea comprar una pistola? Mañana...

- Bueno, en realidad ya me las he arreglado para comprar una, querida.

La miraba y en su mirada se leía que estaba riéndose de ella.

- Bien, pues en efecto voy a comprársela a un amigo que quiere desprenderse de ella. Esta noche me la dará.

Colocó el libro en el brazo del sillón, sin poner antes ningún punto entre las hojas.

- ¿Has estado ya hablando con esa viuda sobre... sobre lo que tú sabes?

- No - contestó Ginny.

Dirk, sorprendentemente, se limitó a sonreír.

- Ta, ta. No pestañees nunca cuando estés diciendo una mentira. Pero me alegro de que no seas una buena mentirosa, amor mío. Ésta es la primera vez que te veo hacerlo, y parece que lo anuncias a son de trompetas. Ahora puedo ya estar seguro de ti.

La cogió por una muñeca, la atrajo hacia sí y, sentándosela en las rodillas, la besó sonoramente.

(Pues ésta es la ocasión de acusarle también a él por haberme estado mintiendo. Ayer noche con lo del armario y... Pero, en realidad, él no me ha mentido, ¿no es cierto? Simplemente, se limitó a no contarme toda la verdad, y eso no es tan malo como lo otro. Pero, Dirk, ¿no podemos ser francos el uno con el otro?)

Sin embargo, no dijo nada. Dirk habla terminado de besarla y el tono de su voz era francamente serio.

- Ginny - dijo él, y raras veces empleaba este nombre en lugar de llamarla «querida» -, ahora ya conoces todos los detalles referentes a esta casa. Esa tal mistress Pratt te los ha contado. ¿Continúas estando segura de que prefieres quedarte aquí?

- Sí - contestó Ginny, y de nuevo lo repitió con más fuerza -. Sí; ésta es nuestra casa, Dirk. ¡La nuestra! Si la hubiésemos alquilado sería distinto. Pero, como no es así, vamos a quedarnos en ella durante toda la vida.

Y saltando de sus rodillas, corrió hacia la cocina para preparar la cena.

Afuera estaba oscureciendo, por lo que Ginny tuvo que dar la luz, y comenzó a moverse por la cocina para preparar la ensalada.

Dirk era un muchacho magnífico al no quejarse cuando ella lo trataba tan mal, por lo que de ahora en adelante, le tendría siempre las cosas preparadas para que no volviera a suceder lo de hoy, aunque no tuviera tiempo para ir a la tienda.

Una vez hubieron cenado, Dirk bostezó y se levantó de la mesa.

- Bueno, querida, creo que iré a casa de Walter Mills para ver si me da la pistola. Me dijo que me la dejarla por veinte pavos.

- ¿Querrás... querrás enseñarme a manejarla?

- ¿Por qué no? Podemos colocar un blanco en los sótanos. Yo mismo querría poder practicar un poco. Cogeré el coche y estaré de vuelta en una hora y media como máximo.

Ginny se dedicó a lavar los platos y arreglar un poco la cocina en cuanto él salió, por lo que pensó que aún le sobraría una hora hasta su regreso. O quizá más, si él se quedaba un rato charlando. ¿Quién sería ese Walter Mills? Nunca le había oído hablar de él con anterioridad.

Entró en la sala de estar y se sentó en la mecedora. Comenzaba a ser el rincón preferido de Dirk, por lo que ella había decidido no ocupársela mientras él no estuviera fuera de casa. Cediéndosela le daba la impresión de que cumplía maravillosamente con sus deberes de esposa. Después de todo, un hombre debe poseer siempre una silla propia.

El libro, una novela de misterio, continuaba sobre el brazo de la mecedora donde Dirk lo había dejado antes. Lo abrió por la primera página e intentó leer, pero pronto se dio cuenta de que las palabras no tenían ningún significado para ella.

Suspiró, dejó el libro en su sitio y se puso a meditar.

¿Habría dinero escondido en la casa? Si era así, no les pertenecía ni a ella ni a Dirk, por lo que tampoco les sería de ninguna utilidad el hallarlo, ya que se verían obligados a devolverlo a la policía. Así pues, ¿por qué se interesaría tanto Dirk por encontrarlo?

Pero, espera... sería una gran cosa encontrarlo.

Naturalmente... ¡ésa era la razón por la que Dirk lo buscaba! Una vez en manos de la policía, el caso terminaría en un mero papeleo y ya no existiría ningún peligro para ellos, puesto que todos los diarios lo publicarían y aquel hombre lo leería también, y ya no tendría ningún motivo para acercarse a la casa.

¡Desde luego! El fin de todo peligro, de todas las preocupaciones y temores, radicaba en que se encontrase el dinero. (Dirk, ahora te comprendo. Tú estabas enterado de todo, pero no me lo habías contado para no asustarme mientras el dinero se encontrase en la casa.)

Pero, ¿dónde estaría escondido? ¿Podría ella encontrarlo después de que la policía y Dirk habían fracasado? Bueno, ella tenía una ventaja sobre los otros; ella era mujer y la que lo había escondido también.

«Vamos a ver - se dijo -, supongamos que yo tengo algún dinero y que pretendo esconderlo.»

Cerró los ojos. ¿Un compartimento secreto en algún armario o en cualquier pared? No, eso no, porque entonces hubiera necesitado de alguien para que me lo construyera y ya seríamos dos los que lo conoceríamos. Yo no podría manejar las herramientas, por lo que, probablemente, tampoco sería capaz de ello la pobre mistress Cartwright.

Pero tampoco me hubiera limitado a ponerlo en el interior de un cajón. Ni dentro de un colchón o algo por el estilo, ya que éste hubiera sido el primer sitio donde cualquiera hubiese buscado. Creo que lo hubiera escondido abajo, en el sótano, en cualquier escondrijo. No sé por qué razón, pero parece que un sótano es algo permanente. Parece que una cosa escondida en el sótano esté más segura que en ninguna otra parte, ¿verdad?

Ginny se levantó de la mecedora y atravesó la cocina en dirección hacia las escaleras que llevaban al sótano, y encendió las luces del mismo. Y despacio, pensativa, bajó los empinados escalones, mirando a su alrededor.

¿Dentro o cerca de la caldera? Oh, no; allí hay calor. Yo no querría que mi dinero se quemase o estropease por culpa del calor. Muy apartado de la caldera.

¿En alguna de estas estanterías? Sobre ellas se veían algunas viejas latas de las que aún no se habían desprendido. ¿Quizás en el interior de alguna de esas latas? No, yo no lo hubiera escondido ahí, pensó, pues una lata vieja podría ser tirada a la basura mientras yo no estuviera en casa.

Pero daba igual; Ginny se acercó y examinó la estantería. Había un bote de pintura, con la brocha pegada a él tan fuertemente que no hubo modo de poderla sacar; de todas formas tampoco se encontraría allí. Aún quedaba un poco de pintura chorreando por los lados, por lo que ella nunca lo hubiera elegido como escondrijo.

El bote siguiente contenía algunos clavos, unos clavos oxidados y doblados que parecían haber sido aprovechados de algún cajón viejo.

El bote siguiente... ¡Cómo, ése era nuevo! Dirk debía haberlo colocado ahí recientemente. La etiqueta estaba pegada al otro lado, y con curiosidad malsana levantó el bote para ver qué contenía. La tapadera estaba suelta y cayó en cuanto levantó la lata.

Y entonces, horrorizada, contempló el polvillo de color blanquecino que llenaba las tres cuartas partes del recipiente y, sin necesidad de dar la vuelta a la lata para poder leer la etiqueta, supo sin saber cómo, cuál era el contenido de la misma. Lejía en polvo.

¿Qué diablos podía haber estado haciendo Dirk con la lejía?

Y entonces, siendo como era importante para ella el conseguir una respuesta a sus dudas, permaneció allí hasta que la encontró.

Estaba claro... él había estado allí completamente solo el segundo día, mientras ella se hallaba en la ciudad comprando cortinas. Y se dedicó a limpiar con la manguera todo el sótano.

Y como tuviese dificultades con el desagüe, fue a comprar un poco de lejía en la tienda más cercana y lo desatascó. Naturalmente...

Y no se había atrevido a hablarle de ello a causa de los horrorosos recuerdos que podía traer la palabra lejía en aquella casa en que vivían. Probablemente había pensado deshacerse del resto de la misma y ésa era la razón por la que ni siquiera se hubiese preocupado en colocar la tapadera.

Su mano temblaba ligeramente mientras devolvía la lata a su sitio.

Y además, se necesitaría más de un bote de lejía para...

Pero consiguió dominarse antes de que su pensamiento acabase esa frase atormentante.

(Dirk, ¿por qué no te das prisa? Vuelve pronto, querido, para que no piense en estas horribles cosas que se me ocurren. Así no continuaré pensando que sólo hace un mes que te conozco, y que nunca he sabido exactamente cuáles son tus negocios, y que fuiste tú quien encontró esta casa y quien me trajo a ella. Y que tú sabías mejor que yo cuál era el nombre de mistress Pratt cuando yo lo pronuncié mal, y que tú siempre has procurado no encontrarte con ella, y que el agente que nos vendió la casa no conocía a aquel hombre.)

(Dirk, y que tú eres esbelto y mides aproximadamente los cinco pies y pico, y que tú nunca me has dicho que habías comprado lejía, y tampoco me has contado por qué andabas buscando por toda la casa.)

(Vuelve rápido, Dirk, pues así podré mirarte a la cara y darme cuenta de lo tonta que he sido.)

Ésos solamente eran parte de los pensamientos de Ginny pues el resto seguían frenéticamente a su mirada, que buscaba un rincón donde una mujer hubiese podido esconder el dinero; donde ella, Ginny, lo hubiese escondido.

La caja de contadores, allí en la pared. ¿Por qué no? Era de metal y parecía un sitio seguro, y era un lugar en el que no pensaría un hombre, puesto que pertenecía a la compañía de electricidad y no a la casa, y además tenía una puerta que podía cerrarse. Si en el interior hubiera algún lugar donde...

Ginny se acercó a la caja y la abrió, pero el dinero, naturalmente, no estaba allí. Se le había ocurrido un escondrijo muy tonto; cualquier empleado de la compañía hubiese podido encontrarlo.

Pero ¿y entre la caja y la pared? Uno de los lados no parecía estar del todo nivelado con la pared y apenas había espacio para que Ginny introdujese la punta de sus dedos. Tocó papel, pero no pudo acercarlo.

Un poco más hacia arriba, y palpó el extremo del objeto desconocido; apretó con cuidado hacia abajo, y logró extraerlo fuera. Era un sobre blanco y sucio, con algo en su interior. Y al abrirlo vio que se trataba de billetes de banco; cerca de veinte, completamente nuevos y de una clase que ella nunca había visto con anterioridad.

Y de pronto se dio cuenta de que estaba sola en la casa, y con dedos temblorosos volvió a empujar el sobre donde antes había estado y, corriendo, subió las escaleras hacia la sala de estar.

El reloj le mostró que había pasado allí abajo más tiempo del que ella había calculado. Ya era hora de que llegase Dirk. (Por favor, Dirk, date prisa. ¿Por qué precisamente esta noche, entre tantas, tienes que quedarte a charlar con tu amigo?)

Quizás podría ver su coche acercándose. De un salto, corrió hacia la ventana del recibidor, desde la que se divisaba la ciudad y la calle que Dirk había tomado al marchar.

Más abajo, pasada la primera esquina y enfrente del grupo de árboles, podía verse un coche aparcado en plena curva. Medio bloque después de la casa de

mistress Pratt. Era extraño que aquel coche estuviera allí; no había ninguna casa al lado. Y se parecía al coche de Dirk.

Pero no podía tratarse del mismo. ¿Por qué tenía que aparcar él allí?

La luna se reflejaba sobre la parte delantera del coche, pero la posterior permanecía en tinieblas a causa de los árboles. A esa distancia cualquier sedán se parecería al de Dirk. Pero...

¡Los anteojos de Dirk! Corrió a buscarlos, y los enfocó hacia el automóvil. Sí, se trataba del coche de Dirk.

Y Ginny, sintiendo cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo, se dio cuenta de la terrible verdad. No conocía los detalles todavía. Pero lo más importante acababa de descubrirlo. Sus negros pensamientos de antes no habían llegado a serlo tanto como la realidad. Dirk era... ¡el hombre! El criminal. Ahora ya todo encajaba.

Y ya sólo le quedaba una cosa por hacer. Caminando, ya que le resultaba de todo punto imposible el mover las piernas con la rapidez que hubiera deseado, y sintiéndose como si estuviera guiando a otra persona que no fuera ella misma, se acercó al teléfono. Tenía que llamar a la policía y decirles que había encontrado el dinero y que... vinieran de prisa.

Con el auricular en la mano golpeó nerviosamente el contacto en espera de escuchar la voz diciendo «Número, por favor» que le permitiría llamar a la policía, y ¡de prisa! Pero la voz no llegaba a ella y, lentamente se dio cuenta de que no se oía el sonido familiar del teléfono al ser descolgado.

Había cortado el cable del teléfono.

Como aturdida, Ginny se dejó caer en una silla al lado del receptor y permaneció así unos segundos hasta que el auricular resbaló de sus manos y cayó al suelo.

El sonido que produjo la asustó. Volvió a pensar que se encontraba completamente sola.

Pero ¿lo estaba realmente? Quizás hubiera sido mejor. Pues pudo escuchar unos pasos acercándose por el jardín. Unos pasos fuertes, producidos por alguien que no intentaba disimularlos.

Se acercaban. Y no había ninguna casa más después de la suya. Tenía que venir hacia ella forzosamente. ¿A por el dinero? ¿A por ella? ¿A por...?

Las pisadas resonaron en los escalones de madera, luego en el entarimado del porche, y sonó el timbre de la puerta.

¿Debía correr hacia la puerta trasera y salir cruzando los campos para escapar...?

Pero en vez de seguir ese impulso, sus pies la llevaron hacia la ventana del porche, desde la cual ella podría ver sin ser vista.

Miró a través de las cortinas y, dando un suspiro de alivio, voló a abrir la puerta.

No se trataba de Dirk. Era un policía, y jamás se había alegrado tanto al ver un uniforme azul.

El policía se llevó la mano a la gorra y preguntó:

- ¿Es usted mistress Rogers? El jefe me ha dicho que pasara por aquí. ¿Está en casa su marido?

Casi no le dio tiempo ni para terminar la frase.

- ¡He encontrado el dinero! El dinero que mistress Cartwright había escondido.

Y sin poder respirar, sus palabras brotaron una detrás de otra, en su ansiedad por contarle, ahora que ya estaba a salvo.

- ...abajo, en el sótano. Venga y se lo enseñaré, y así luego usted podrá acompañarme hasta el cuartelillo para que lo devuelva y...

Sus tacones repiquetearon mientras bajaban por las escaleras y otros más pesados la siguieron, y el sobre conteniendo el dinero ya estaba en sus manos, y se lo entregaba. Y respiró profundamente... pero se le cortó la respiración.

Pues el hombre del uniforme cada vez se parecía menos a un policía cuando fijó la mirada en él. Tenía algo menos de seis pies de estatura y le había parecido corpulento, pero entonces se dio cuenta de que ello se debía a que las hombreras de su uniforme habían sido exageradamente rellenas.

Se había quedado bajo una luz, con sus ojos grises fijos en el interior del sobre, y Ginny pudo darse cuenta de que aquella cara estaba maquillada. Vació el contenido del sobre en su bolsillo y se volvió hacia ella.

Ginny lanzó un chillido, pues en su mirada se podía leer el crimen.

De la cartuchera colgaba un revólver de reglamento, pero aquellas manos no se dirigieron hacia él. Se acercaron a su garganta mientras su cuerpo tapaba toda posible salida hacia las escaleras.

Ella retrocedió, y él dio unos pasos adelante. Un poco más y Ginny llegaría a una esquina y allí encontraría el fin. Retrocedió un poco más, y ya no pudo seguir pues algo chocó contra sus paletillas.

La estantería. Y, desesperadamente ya, su mano se cerró sobre el bote. El bote de lejía.

Ya las manos tocaban su garganta cuando ella lo arrojó, con el blanco polvo desparramándose fuera del bote destapado, hacia su cara. Dentro de sus ojos.

Y esta vez fue él quien gritó, con un aullido de agonía, mientras retrocedía. Demasiado ofuscado por el dolor para pensar en cualquier otra cosa, no hizo ninguna resistencia cuando las temblorosas manos de Ginny extrajeron el revólver de la funda...

Aquel anochecer fue diferente. Estaba sentada al lado de Dirk en la cama del hospital, y él ya había recobrado el sentido y se sentía muy animado, a pesar de que aún movía con cuidado la cabeza.

Le había contado ya lo que le había ocurrido. Cuando volvía de casa de Walter, y a una manzana y media de casa, un policía le había hecho señal de que parase en la curva. Obedeció, y el agente se acercó al coche, golpeándole entonces con una cachiporra antes de que él pudiera levantar una mano para defenderse.

Y a partir de aquí, entre Ginny y la policía verdadera le acabaron de contar el resto de la historia. Dirk había sido atado fuertemente y amordazado, y luego lo habían echado en la parte posterior del coche donde no pudiera vérselo, dirigiéndose Cartwright seguidamente hacia la casa.

Seguramente, su primera intención había sido echarse sobre Ginny y atarla, teniendo así toda una noche para registrar la casa a placer. Se había enterado de que la casa, mientras estaba desocupada, había sido vigilada por la policía. Pero una vez ellos se hubieron mudado, esperó la primera oportunidad sabiendo que la policía había descuidado ya aquel asunto.

- Pero, querida - dijo Dirk, retrocediendo un poco para poderla mirar de nuevo -, te has portado estupendamente, y eres una verdadera heroína, mientras que yo no he sido más que un completo desastre. Sin embargo, ¿no

crees que aún está todo un poco confuso? Dices que te diste cuenta de que no era un auténtico policía y de que tu única oportunidad estaba allí abajo... donde podrías echar mano a la lejía mientras él estaba abriendo el sobre. Y también dices que te alegraste mucho cuando le viste con su unifor...

Ginny le colocó un dedo sobre los labios.

- El doctor ha dicho que no debes hablar demasiado, Dirk.

Sí, se daba cuenta de que había mezclado un poco las cosas mientras las contaba. Pero había una parte de la que Dirk nunca debía enterarse. Jamás debía permitir que se enterase de que había sospechado de él. Y volvió a recordar aquellos terribles instantes anteriores a la llegada del asesino. Tenía que arreglárselas para que nunca lo descubriese.

- Desde luego, yo ya estaba al corriente, Dirk. Quiero decir que, cuando fui a la puerta, ya lo sabía. Pero antes había mirado por la ventana, y entonces aún no me había dado cuenta, y fue en este momento cuando creí que se trataba de un auténtico policía y como acababa de encontrar el dinero, por eso me alegré. Y, desde la ventana, también pude ver...

- ¿El coche? ¿Lo viste aparcado allí?

- Vi un coche - contestó Ginny -, pero no me di cuenta de que era el tuyo.

Y resolvió esconder rápidamente los anteojos en cuanto llegase a casa, antes de que él notase que los había estado empleando.

En aquel momento, como él se dispusiese a formular otra pregunta, ella se inclinó y lo besó, apareciendo lágrimas de arrepentimiento en sus ojos.

- Oh, Dirk. Olvidemos todo eso - dijo -. Ya ha pasado, y ahora es nuestra casa, y nunca más tendré que asustarme por nada.

Y pensó:

«Tendré que ser una esposa tan buena, que con ello logre purgar todas las sospechas que he tenido de él. Y nunca se enterará.»

Y sonrió al ocurrírsele un pequeño juego de palabras:

Un poco de lejía blanca le había salvado la vida la noche pasada; y desde entonces unas pocas mentirijillas piadosas le permitirían conservar la felicidad de su matrimonio. Dirk nunca, nunca, lo sabría.

Juego de palabras intraducible. En inglés se pronuncian casi igual las dos palabras: «white lie» (mentira piadosa) y white lye» (lejía blanca).

FIN

Enviado por JR